

"Nacida en Camerún"

Iván Egea Montero



Arlinda vive en Camerún. Tiene trece años, es morena, su pelo es largo, de color castaño oscuro y hecho trenzas muy finas. Sus ojos son, como solía decir su abuela, de color felicidad: azules, tan bonitos como el mar y tan relucientes como el cielo en un soleado día de verano.

Los padres de Arlinda son carpinteros y trabajan de sol a sol para poder mantener cuidadas a sus cuatro hijas. La mayor de las hermanas, Siwa, de 15 años, se ocupa de la casa mientras sus padres trabajan: cocina, barre, lava los platos y la ropa, la tiende al sol para que se seque y, además, ayuda a sus padres en la carpintería cuando su tiempo se lo permite. Arlinda, la segunda, también tiene sus responsabilidades: cuidar de sus hermanas pequeñas, Klaire y Tiss, de 5 y 3 años respectivamente.

Aunque, a su edad, Arlinda debería estar en el colegio, la economía de sus padres no se lo permite, como tampoco se lo permitió a Siwa, y seguramente tampoco lo hará con las dos pequeñas, aunque sus padres le han enseñado a leer y escribir.

Ese es el sueño casi imposible de Arlinda: ir al colegio. Todas las noches sueña con cuadernos, libros, lápices, pupitres, bolígrafos... Sueña con ser alguien de mayor, tener un futuro digno. No le gustaría acabar como sus padres, o, sin ir más lejos, como Siwa, acarreando trastos de aquí para allá, sin poder casi descansar.

Cuando se lo comunicó a sus padres, ellos no estaban muy conformes, le dijeron que era una de esas cosas irrealizables. “Como comer tres comidas al día”, pensó Arlinda.

Una de las personas o la única, mejor dicho, en la que podía confiar y hablarle tranquilamente sin que le soltara una reprimenda era con su abuela Tathiana, a la que llamaba Tati. Era muy delgada y bajita y solía llevar vestidos con grandes flores que le encantaban a Arlinda. Su pelo era gris, casi plateado, largo y brillante, y sus pequeños ojos verdes se ocultaban detrás de unas gafas de media luna.

Tati vivía bastante cerca de Arlinda, por lo que ésta procuraba ir todas las tardes a visitarla y a ayudarla a cuidar de las dos pequeñas. Ella comprendía el “sueño irrealizable” de Arlinda, y una de las frases que más se le habían grabado en la memoria era “No te des por vencida, nada es imposible”. Arlinda pensó que ella era un claro ejemplo de ello, pues la mayoría de las ancianitas de su edad solían

quedarse en su casa, cosiendo o tejiendo con lana, pero ella era muy activa: paseaba, limpiaba su casa, e incluso alguna vez que otra se la podía ver ayudando a su hija, la madre de Arlinda, en la carpintería.

Por lo tanto, Arlinda pensó que debía hacerle caso a su abuela Tati y no darse por vencida; así que continuó soñando con pupitres, lápices, libros y cuadernos, hasta que ocurrió algo que le cambió por completo su vida...

Una calurosa noche de verano, Arlinda estaba durmiendo en su cama de adobe, hecha por su padre, cuando, de repente, alguien la zarandeó. Abrió los ojos y vio a su abuela Tati, aunque sólo se le veía la cara, pues el resto de su cuerpo estaba cubierto por una túnica negra. Arlinda se dispuso a preguntarle por qué le había despertado a esas horas de la noche, pero, antes de que pudiera abrir la boca, Tati le hizo callar poniendo su fría mano en los labios de la niña. Entonces, en voz muy baja, le dijo: “ Arlin, vamos a viajar a España, ¡ vamos a cumplir tu sueño ! ”. Arlinda se quedó petrificada. Todavía tenía muchas preguntas que hacerle, pero Tati le dijo rápidamente que ya estaba todo planeado: le había dejado una nota a sus padres explicándoselo todo y ya sabía cómo podían hacer el viaje a España. “Aunque todavía falta saber una cosa, Arlin, y es confirmarme que quieres hacerlo”. Arlinda dudó unos segundos, pero después asintió firmemente con la cabeza, y su abuela le sonrió. “Bien, en ese caso, vístete, ponte esta túnica y sígueme”. Arlinda obedeció, y se pusieron en marcha; cruzaron la cocina silenciosamente, después el diminuto salón-comedor y salieron afuera, a la calurosa noche que Arlinda estaba segura que no olvidaría jamás.

Anduvieron un buen trecho a través de oscuras callejuelas, y sólo se oía el revoloteo de los murciélagos. Al fin, después de una eternidad, llegaron al pequeño puerto de Kribi. Arlinda alzó la vista y vio a unas treinta personas en unos pequeños barcos de madera, cada una con una vela y con una túnica como la de su abuela y la de ella. Tati se puso a hablar con un señor calvo, muy alto. “Señora Tathiana, le estábamos esperando, es usted la única que falta”, dijo mientras le daba una vela. “He traído a mi nieta. Se llama Arlinda. Supongo que también podrá ir, ¿no, Cifoli?” Cifoli carraspeó. “De acuerdo”, dijo al fin. “Nosotras no vamos a quedarnos en Almería, queremos ir a Santander. Le conviene cambiar de clima”, dijo Tati.

Estuvieron hablando unos quince minutos, mientras Arlinda permanecía callada como una tumba, sin moverse, sin hablar, sin mover ni un dedo, con su vela bajo la nariz, que le hacía brillar todavía más sus azules ojos. Por lo que Arlinda pudo entender, las personas

que estaban en los barcos, ella, Tati y el tal Cifoli, iban a viajar a España; todos se dirigían a Almería, menos su abuela y ella que continuaban viaje a Santander.

Al fin, dejaron de hablar y subieron a los barcos. “ Navegaremos hasta la ciudad de Douala, donde compraremos los billetes de avión, rumbo a Almería. La señora Tathiana y su nieta, cogerán el vuelo a Madrid y de allí otro avión a Santander”. Arlinda estaba estupefacta: iba a cumplir su sueño.

En el viaje por barco, Arlinda se durmió y, cuando la despertó Tati, vio que ya había amanecido. “Arlin, hemos llegado a Douala. Son las nueve y nuestro avión sale a las diez y media. Debemos apresurarnos.”

Se levantó y vio que Cifoli estaba hablando con un hombre blanco. Bajó del barco con la ayuda de su abuela y vio que un taxi las estaba esperando. Subieron ella, Tati y una de las mujeres que también iban a viajar a Almería y el taxi arrancó. Después de media hora, llegaron al aeropuerto de Douala. “¿Tienes hambre?”, le preguntó su abuela. “La verdad es que un poco”, contestó. “Bien, en ese caso... - empezó mientras se miraba el reloj -, tenemos media hora para comer algo y tomar el avión”. Entraron en la cafetería del aeropuerto, tomaron un zumo, un café y un bollito y se pusieron a la cola para comprar los billetes. Por fin, sacaron los billetes y esperaron a que la voz, que anunciaba cuál era el siguiente vuelo, dijera “Madrid”.

Pasaron unos cuarenta y cinco minutos, cuando, al fin, llamaron a los pasajeros del vuelo a Madrid. Cifoli se despidió de ellas, pues su vuelo salía una hora más tarde y subieron al avión rumbo a un sueño “irrealizable”. “Veo que la abuela Tati tenía razón, no hay nada imposible” –pensaba Arlinda-.

Aterrizaron por fin en tierras españolas después de tres horas y media de vuelo, y cogieron los billetes a Santander. Esperaron media hora, el altavoz les llamó y tomaron el avión.

Cuando subieron, a Arlinda le llegó a la mente una pregunta que no se le había ocurrido antes por la ilusión del viaje. “Abuela, cuando llegemos a Santander, ¿dónde nos vamos a alojar?”Tati sonrió y le contestó: “Tu tío Tomás está allí, esperándonos. Sé que debería haberte dicho que tenías un tío, pero quería que fuese una sorpresa. Es muy simpático, te caerá bien.”El asombro de Arlinda iba creciendo...

Después de media hora de vuelo, llegaron al aeropuerto de Santander. Tati la cogió de la mano y la llevó hasta un hombre de mediana edad, de cabello castaño claro y corto. “Te presento a tu tío Tomás”, dijo Tathiana. “Encantada.”, dijo Arlinda intentando ser educada, aunque con tantas sorpresas era difícil no gritar de alegría.

Su tío las llevó hasta su coche y de allí a su casa. Por el camino, Arlinda miraba por la ventana y veía cosas que en su país no podía ver: vegetación abundante, animales pastando y viejos pastores caminando por el pedregoso camino paralelo a la carretera.

Por fin llegaron, era una casa grandísima comparada con la que había dejado en Camerún. Estaba hecha de ladrillos, pero pintada de blanco. Tenía dos pisos y una pequeña chimenea sobresalía por su tejado. En el piso de abajo, se podían apreciar unas ventanas bastante más grandes que las del piso de arriba. La puerta principal era de color marrón oscuro y de ella colgaba una argolla con forma de cabeza de león, encima de la mirilla.

Aparcaron y bajaron del coche. Anduvieron por un camino de pequeñas piedras que crujían bajo sus pies, hasta los tres escalones que precedían al porche, donde había una mesa y tres sillas, y entraron a la casa. Para Arlinda era la más bonita que había visto en su vida. “Todas las habitaciones están en el piso de arriba”, dijo Tomás.

Subieron los escalones y cada uno entró en su respectiva habitación. La de Arlinda era de color blanco y tenía un armario empotrado, además de un escritorio, “para hacer mis futuros deberes”, pensó. También, en la esquina derecha, estaba su cama, que parecía muy cómoda y, al lado de ésta, había una mesita de noche con una lámpara y un despertador. Justo debajo de la ventana, que tenía unas cortinas verdes, había un baúl. Eso fue lo que más le llamó la atención y, cuando lo abrió, se le escapó alguna que otra lágrima de alegría. El baúl estaba lleno de muñecas y juguetes, cuadernos, estuches con lápices de colores... todo lo que ella había soñado. En ese mismo momento, alguien tocó a la puerta. “Puedes pasar”.

La puerta se abrió y apareció detrás de ella su tío Tomás con una sonrisa de oreja a oreja. “¿Te gusta? Los muebles eran míos. Lo único que no es mío son las cosas que hay dentro del baúl... que, supongo por tu cara, que ya habrás abierto. Esas cosas son de cuando tu tía era pequeña”. En ese instante Arlinda iba a preguntar algo, pero él siguió hablando. “Ella está en la India, ayudando a los más

necesitados. Vuelve el mes que viene, pero le conté por carta que ibas a venir. Se puso muy contenta. Dice que tiene unas ganas tremendas de verte.

“Muchas gracias por dejar que nos quedemos aquí. La casa es muy bonita, me gusta. Siempre soñé con tener unas cosas como las que hay en ese baúl. Cuando lo he abierto, he sabido que nada es imposible”, respondió Arlinda, y, cuando dijo lo último, pensó en la gran frase de su abuela. Él le sonrió de nuevo y le abrazó.

“Gracias”, dijo él entrecortadamente. Entonces se oyó un pitido agudo. “Es la olla. Estoy preparando una gran comida de bienvenida. Y mañana por la mañana te buscaremos un colegio.” Tomás se dio la vuelta y desapareció. Cuando ya no se podían oír sus pasos, Arlinda se tumbó en la cama y rompió a llorar de felicidad. Su sueño se había hecho realidad.

Al día siguiente, Arlinda se despertó muy temprano. Miró el despertador y vio que eran las ocho. Se levantó y abrió el armario por primera vez. Toda la ropa le encantaba, las camisetas eran de colores vivos: rosa, azul verde... Además, había un vestido blanco, rebecas de lana, chaquetas, abrigos, un impermeable, pantalones vaqueros, gorros, guantes y bufandas. Cerró las puertas y abrió uno de los tres cajones que había debajo de éstas. Ese cajón sí que lo había abierto la noche anterior para coger un pijama. En él había pijamas y sábanas para su cama. Lo cerró y abrió el otro: en su interior había dos pares de zapatillas deportivas, unos zapatos blancos, unos rojos y un par de zapatillas de andar por casa (el otro par lo llevaba puesto ella). Abrió el tercer cajón y vio que también había juguetes. “ ¡Qué bien, más juguetes!” En ese instante, llamó alguien a la puerta y entró la abuela Tati. “Buenos días, ¿qué tal has dormido?”, le preguntó a su nieta. “Bien... muy bien”, le contestó. “Después de desayunar, vamos a ir a buscarte un colegio. Me ha dicho tu tío que hay uno por aquí que le parece bueno.” “De acuerdo”, dijo alegremente.

Terminaron de desayunar y montaron los tres en el coche. Las casas vecinas eran muy parecidas a las de Tomás. Giraron a la izquierda y vislumbraron un gran edificio de dos pisos, con bastantes árboles. “Ese es el colegio. Su nombre es ‘C.P. Las Palmeras’. Es el más cercano a casa, incluso podrás acudir andando.” Aparcaron y entraron en el colegio. Se sentaron en el vestíbulo y un hombre les recibió. “Pasen por aquí, por favor”. Entraron en el despacho y el director les indicó que se sentaran. “¿Querían hacer la matrícula para el próximo curso, verdad?”, les preguntó. “Sí, por cierto, ¿hasta qué

curso dan clases?”, le preguntó el tío Tomás. “Este colegio da clases a los alumnos hasta que entran a la universidad, a los dieciocho años. ¿Cuántos años tienes?”, le preguntó a Arlinda. “Trece. Los cumplí el mes pasado”, le contestó. “De acuerdo, entonces tú este año empezarás Segundo de E.S.”, le contestó el director. “Perdone, pero Arlinda nació en Camerún. Hace poco que ha venido, y nunca ha ido a un colegio. Sabe leer, escribir, sumar y restar: lo básico. Su abuela y yo, pensamos que debería empezar en un curso inferior a su nivel. O si no, podría darle clases particulares en verano para ponerse un poco más al día”, le pidió tío Tomás. En medio de esta conversación Arlinda miró a la abuela Tati. Miraba al suelo, con cara de tristeza y estaba a punto de llorar. De vez en cuando, sollozaba silenciosamente. Arlinda la seguía mirando, no sabía qué le pasaba. Mientras tanto, el director y el tío Tomás seguían hablando sobre las clases. “De acuerdo, Arlinda dará clases particulares en verano, para repasar lo que debería saber en Primero de E.S.O., de matemáticas, lengua castellana, geografía e historia”. “Muy bien, muchas gracias.” “No hay de qué. En este colegio hacemos todo por los alumnos.” Se despidieron, después de que tío Tomás rellenara los papeles de la matrícula y salieron del despacho. “¿Te ha gustado el colegio, Arlinda?”, le preguntó tío Tomás. “Sí..., bueno..., era estupendo”, dijo Arlinda, aunque no podía desviar su mirada de la abuela Tati.

Al llegar a casa, Arlinda subió a su habitación, pero, al poco tiempo, subió la abuela Tati. “Hola Arlinda”, dijo con voz suave. “Hola abuela Tati”, -dijo ella-. ¿Qué te ocurre?” Arlinda veía que Tati empezaba ya a soltar sus primeras lágrimas. “Pues..., Arlinda..., tengo que decirte una cosa. Debo volver a Camerún. Ayer llamé a tus padres por teléfono y me han dicho que lo están pasando mal. No por ti, sino por Siwa, tu hermana mayor. Está enferma. Además no tienen a nadie que cuide de las pequeñas Klaire y Tiss... Ellos no pueden dejar de trabajar. Lo siento, sé que aquí estarás bien cuidada... -comenzó a sollozar-. Te echaré mucho de menos.”

Arlinda estaba sorprendida y se echó a llorar; sus ojos azules no podían disimular la tristeza que sentía en su corazón. “De acuerdo, pero... quiero que me mantengas informada de la enfermedad de Siwa. Por favor...”, dijo Arlinda, entrecorta y tristemente. “Claro. Cuando mejore, vendremos a visitarte. Te lo juro. Mi amigo Cifoli tampoco se va a quedar aquí para siempre. Dentro de un mes volverá a Camerún. Te prometo que nos volveremos a ver muchas veces, y también volverás a ver a tu familia - dijo la abuela Tati -. Tomás ya está enterado, y también tu tía Sofía. Le envié una carta ayer. Estarás en muy buenas manos, y seguro que en el colegio aprenderás mucho.

Siempre hay que hacer sacrificios cuando te propones cumplir un sueño. Pero los sacrificios no son eternos, ni mucho menos. Sólo quiero pedirte tres cosas que debes hacer mientras estés con tu tío y tu tía.”, dijo la abuela. “Pide lo que quieras”, le respondió Arlinda. Ya no lloraba, pero seguía sollozando. “La primera, te pido que estudies y lo hagas lo mejor que puedas. Eres el orgullo de la familia; la única que ha tenido esta oportunidad. La segunda, te pido que no dejes de mostrar la alegría tan característica de ti, sobre todo de tus ojos. Que nadie ni nada te impida ser feliz”. Arlinda asentía entre sollozos.

“Y la tercera, y la más importante. No olvides a tu familia y, sobre todo, no olvides que eres *nacida en Camerún*.”

Iván Egea Montero

1º E. S. O.